

MEMORIA DE ALONSO ZAMORA VICENTE, FILÓLOGO

Conferencia leída por Darío Villanueva en la jornada de clausura del homenaje a Alonso Zamora Vicente celebrada en la Real Academia Española el 22 de septiembre de 2016.

En el elenco de la silla D, que actualmente ocupo en la RAE, el oficio más genuino que singulariza a Alonso Zamora Vicente es el de filólogo. Filólogo en el sentido etimológico y más completo del término: ante todo, amante de la palabra, pero también servidor de la ciencia que estudia una cultura tal y como se manifiesta en su lengua y en sus letras, principalmente –pero no sólo– a través de los textos escritos. Si algo hay que caracteriza al Alonso Zamora Vicente escritor e investigador es la impronta que la oralidad tiene en toda su labor. Y lo dicho vale tanto para sus investigaciones dialectológicas como para su crítica literaria e, incluso, para su propia obra de creación: libros de relatos tales *A traque barraque* (1972), *El mundo puede ser nuestro* (1976) e *Historias de viva voz* (1995), y novelas suyas como *Un balcón a la plaza* (1965), *Vegas bajas* (1987) o *Mesa, sobremesa* (1980), que mereció el Premio Nacional de Literatura. Don Alonso fue un filólogo de una pieza: hablante que escuchaba con toda atención; lector de literatura, que la escribía también; estudioso del lenguaje en todas sus manifestaciones, y entre ellas, la literaria. Y todo en función del ser humano como sujeto individual, dotado de identidad irrepetible, pero también partícipe de una sociedad y de una cultura que no podrían existir sin las palabras. Filólogo y humanista, Alonso Zamora Vicente no trazaba fronteras entre las tres nociones que dan título a uno de sus libros: *Lengua, literatura, intimidad* (1966).

La escuela filológica española, en cuya veta estilística bebe desde su juventud, le proporciona el bagaje necesario para su aproximación reflexiva a la literatura, hecha con todo respeto y arrobas de buen sentido. “Un crítico no puede ser nunca otra cosa que una modesta melodía, muy modesta, que se pone detrás de la producción del escritor”, nos decía al analizar la obra de su amigo Camilo José Cela. Y continuaba: “Todo ello requiere esfuerzo, información, disciplina. Aunadas, conducen a la obra artística. Un crítico que no sea creador también pierde bastante el tiempo” (Varios Autores, 1977: pág. 237).

Cuando Zamora Vicente escribe sobre sus autores preferidos, su “calidad de página” no desmerece ni en un ápice la de cualquier pieza de buena literatura. No en vano Azorín es una referencia continua a lo largo de su obra, como lo será Dámaso Alonso, quien asimismo supo hacer de la crítica una expresión creativa más. Junto a ellos, nuestro filólogo reconoce sus deudas para con lo más granado de la escuela encabezada por don

Ramón Menéndez Pidal, y muy especialmente para con aquellos que fueron sus profesores en la mejor Facultad de Letras que nunca tuviera la Universidad española, la de Madrid en los años de la República, donde profesaban Lapesa, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro o Pedro Salinas, que tanto se ocupaba, en su *Índice literario*, de la literatura estrictamente contemporánea. En un emotivo texto autobiográfico, que se titula “Ciudad universitaria, 1935”, publicado inicialmente desde la distancia de Buenos Aires, Zamora Vicente lo resume todo en una frase: “Nos han atornillado la propia vocación” (Zamora Vicente, 1958: pág. 139).

Esta última cita breve está tomada de su libro de 1958 *Voz de la letra*, que además de ese epílogo autobiográfico al que me refería, distribuye los trabajos allí reunidos en tres grandes capítulos que explican claramente los intereses literarios fundamentales de Alonso Zamora Vicente.

El apartado de *Libros y hombres vivos* representa lo mismo que hace un momento ponderábamos en Pedro Salinas: la atención académica a la literatura del hoy. Bien es sabido que por largo tiempo perduró el prejuicio de que la literatura del siglo XX no era objeto digno para la crítica y la investigación rigurosas. Consecuencia indeseable de semejante prejuicio es el desinterés de los universitarios por el ejercicio de la lectura inmediata de las creaciones recientes en las páginas de la prensa periódica. El maestro Zamora Vicente continuó brillantemente la tradición de Pedro Salinas con sus aportaciones ininterrumpidas, que inició en el diario compostelano *El Correo Gallego* muy al principio de su carrera profesoral, y luego continuó en uno de los grandes periódicos escritos en español, *La Nación* de Buenos Aires, donde también publicó otra serie de artículos periodísticos reunidos en el volumen *Suplemento literario*, reservando en años posteriores la primera publicación de sus relatos al diario madrileño *Ya*.

Junto a esta dimensión contemporánea, el Zamora Vicente de *Voz de la letra* abre un capítulo central bajo el rubro, que no necesita mayor paráfrasis, de *Los clásicos, siempre*. O dicho de otro modo, con el título general de un libro suyo de 1951, la *Presencia de los clásicos*. Y sigue en *Voz de la letra* un tercer capítulo, *Una mirada a América*, esa dimensión sin la que el español y su literatura no pueden ser entendidos cabalmente. Zamora Vicente, que entre los años cuarenta y cincuenta dirigió el Instituto de Filología de Buenos Aires, luego de Américo Castro y Amado Alonso, cierra el libro que comentamos con el análisis de un poema de César Vallejo, pero también con sendos trabajos sobre novelas escritas por españoles que significan el reencuentro de la lengua peninsular con sus dimensiones ultramarinas, *Tirano Banderas* de Valle-Inclán y *La*

catira de Camilo José Cela, dos de los autores a los que prestaría siempre mayor atención. Pero no faltarán tampoco sus páginas tempranas sobre las novelas de Carlos Fuentes, del mismo modo en que, en virtud de aquel respeto a la literatura del más inmediato momento, don Alonso dedicaba una de sus primeras reseñas en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, allá por 1942, a la reciente publicación de *República Barataria* de Gonzalo Torrente Ballester.

Zamora Vicente no gustaba de teorizar, bien es cierto, ni siquiera con la sutileza y la claridad con que se permite hacerlo Dámaso Alonso para erigir el edificio de su estilística. Pero ello no significa que su actividad crítica carezca de referencias teóricas, y que éstas no sean homologables en términos de la teoría literaria contemporánea. Así, por ejemplo, en el breve pero enjundioso prólogo de *Voz de la letra*, título que de por sí ya promete muchas implicaciones.

Zamora Vicente (1958: pág. 9) define las páginas de este libro como “mis apostillas de leal lector”, que somete a sus textos literarios preferidos a “un asedio de luz”. Estamos en 1958, pero cuatro años más tarde, escribiendo ahora sobre Camilo José Cela, sus fundamentos críticos no han cambiado: “Estas páginas no asedian otra meta que la de acompañar –oscuramente, recogidamente– la lectura del novelista. Son, simplemente, el abecé de toda crítica: una práctica leal de voluntad de entendimiento” (Zamora Vicente, 1962: pág. 7).

El crítico, pues, como lector y como hermeneuta competente, lo que significa un esfuerzo por cerrar el círculo comunicativo dándole sentido al texto sin traicionar la voluntad del autor.

Queda fuera de toda duda que para nuestro filólogo, cuando ejerce como crítico, la lectura es el procedimiento más recto para dar vida a la intimidad de los escritores ausentes, en el espacio o en el tiempo, fundiéndola con la nuestra propia en un ejercicio de lo que un fenomenólogo de la literatura –como Amado Alonso lo comenzaba a ser cuando su prematura muerte– denominaría *cointencionalidad*.

Zamora Vicente se incardina así en una tradición hispánica que, amén de los dos Alonsos y los maestros del Centro de Estudios Históricos o de la Facultad de Letras madrileña ya mencionados, contaba con significativos aportes al otro lado del Atlántico. Y pienso, por caso, en Alfonso Reyes y su famosa conferencia “Aristarco o anatomía de la crítica” escrita en 1941, antes del famoso libro de Northrop Frye. De los tres grados que el polígrafo mexicano identificaba en la pirámide crítica, Alonso Zamora Vicente es maestro en los dos primeros: la impresión y la exégesis. No le interesa, por el contrario,

lo que para Reyes era la “corona de la crítica”: el juicio, propio de los aristarcos militantes y de los curadores del canon.

Don Alonso hace crítica como quien realiza –son sus palabras– continuas “lecturas en voz baja” (Zamora Vicente, 1951: pág. 10), pero no olvida nunca su condición de maestro y sitúa en el leer solidario el basamento de su método. A nadie se le escapan los efectos benéficos que esta actitud puede ejercer en el propio estudio de la literatura.

A fuer de romanista, Alonso Zamora Vicente lleva en el meollo de su formación el principio comparativo entre diferentes literaturas, y la percepción de las relaciones de comunicación e intercambio entre ellas. Precisamente, entre los primeros trabajos de nuestro autor se encuentran dos que obedecen a esta orientación, y que fueron posteriormente recogidos en su libro bonaerense de 1950 titulado *De Garcilaso a Valle-Inclán*. En él va incluido asimismo un estudio temático, “Observaciones sobre el sentimiento de la naturaleza en la lírica del siglo XVI”, que data de 1943, y otro sobre “Portugal en el teatro de Tirso de Molina”, publicado inicialmente en Coimbra en 1948, sobre el que habré de volver.

Pero aquellos otros dos trabajos noveles a los que me refería son la lección inaugural del año académico 1945-1946 en la Universidad de Santiago de Compostela, que versó sobre el petrarquismo, y un estudio de 1945 sobre la *Oración apologética por la España y su mérito literario* de Forner, en el que se ampliaba una aproximación inicial al autor y a su obra que fue el primer trabajo dado a la imprenta por el joven Zamora Vicente en 1940, a los veinticuatro años de su edad.

Analizar el petrarquismo le obliga a Zamora Vicente a romper con el “tradicional casillero de las escuelas” salmantina y sevillana en que se venía encapsulando nuestra lírica del XVI. El joven filólogo denuncia esta postura por su comodidad poco exigente, intelectualmente hablando, y prefiere enfatizar el origen italiano de los temas y los recursos expresivos de esa poesía –la perspectiva comparatista– y aplicar al conjunto de poetas estudiados el principio vertebrador de las generaciones literarias –la perspectiva histórica, que se utiliza aquí al modo orteguiano como manifestación de “un fenómeno compromisorio entre individuo y masa, cada uno dentro de su jerarquía” (Zamora Vicente, 1950: pág. 18). Y sus conclusiones me parecen totalmente congruentes con las conocidas propuestas comparatistas de T. S. Eliot (1972).

Pero esta fascinación, tan propia de un filólogo romanista, por el plurilingüismo es la que explica también, al menos en parte, el gran interés de Zamora Vicente por la obra de dos escritores gallegos, Ramón de Valle-Inclán y su invariable amigo personal, desde la primera juventud, Camilo José Cela.

Pero entre las múltiples virtudes que el filólogo y crítico ve en la prosa del novelista de Iria Flavia destaca en especial una que Cela compartirá con su paisano Valle-Inclán: su cultivo no tanto de un español cerrado cuanto de una koiné hispánica. Para Zamora Vicente, “en lo lingüístico, en lo que *Tirano Banderas* llevaba de disciplina y de amor, de ordenada pasión por el idioma, ha sido *La catira* su continuador” (Zamora Vicente, 1962: pág. 170).

Acaso tenga que ver en esto un hecho compartido por ambos escritores: el de pertenecer por nación a un finisterre del idioma, en donde el español convive además con otra lengua, en este caso el gallego. Semejante origen periférico les permite ser lingüísticamente irreverentes, mucho más que en el caso de haber nacido en el epicentro castellano, irreverencia que tanto en el Valle-Inclán de *Tirano Banderas* como en el Cela de *La catira* redunda en una libertad y una creatividad puramente lingüistas que cautivan al crítico filólogo.

Me he extendido en hacer memoria de nuestro académico como filólogo siempre atento al estudio de la literatura porque sus méritos como lingüista han sido ya ponderados por otras voces mucho más acreditadas que la mía (Varios Autores, 1996; José Carlos Rovira [compilador], 2003). Don Rafael Lapesa, al recibirlo en esta misma casa en mayo de 1967, destacaba ya cómo el nuevo académico había contribuido señaladamente con su primer libro sobre *El habla de Mérida y sus cercanías*, publicado en 1943, al estudio entre nosotros de las hablas rurales de España, tarea hasta entonces confiada casi en exclusiva a los romanistas alemanes de la escuela “Wörter und Sachen”, rubro que Alonso Zamora Vicente (1953) llevó al propio título de otra obra posterior, *Léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón*. Y a propósito de su compendio de *Dialectología española* (1960), que Lapesa no duda en calificar, siete años después de su primera publicación, como “una de las obras clásicas de la lingüística española”, don Rafael afirma también que de acuerdo con su contenido era de justicia concluir que ningún otro especialista podría ofrecer “información tan rica y personalmente vivida sobre el habla hispanoamericana” (Zamora Vicente, 1967: pág. 132).

Pero mi memoria de Alonso Zamora Vicente podría recrearse todavía más con todos los recuerdos que, por suerte, guardo de mi trato personal con él. Por ejemplo,

aquella intervención suya de 1975, magistral, sobre Camilo José Cela en la Fundación Juan March coincidió con lo que fue mi primera participación pública como conferenciante lidiando un encargo no demasiado fácil: analizar la obra de Juan Benet ante un numeroso y selecto auditorio y en presencia del propio escritor. Don Alonso fue especialmente benévolo con el conferenciante novicio, y ya nunca más desde entonces me desatendería. Tengo para mí, con todo, que en su cordialidad actuó también a mi favor un *quid pro quo* azaroso y afortunado. La edición del *Poema de Fernán González* que el flamante catedrático madrileño preparó en su primer destino universitario está dedicada a “Ulpiano Villanueva, amigo dilecto”. Se trataba de un ilustre catedrático de la Facultad de Medicina compostelana con el que Alonso Zamora Vicente recorrió Galicia, acompañándole en sus visitas profesionales que el filólogo, como ha dejado escrito, también aprovechaba para su propio trabajo. Con la ayuda de Villanueva, no fue catedrático absentista ni filólogo desentendido de la realidad lingüística que le rodeaba, y así, con motivo de su jubilación, la Universidad de Santiago de Compostela reuniría en un libro los estudios de Alonso Zamora Vicente (1986) sobre el seseo, la geada y varias terminaciones del gallego moderno. Pero nadie me convencerá de que, al menos en un principio, el maestro vio con buenos ojos a aquel otro Villanueva tímido, ignaro e inseguro que yo era en 1975 atribuyéndole un crédito inicial que venía de su profunda amistad con don Ulpiano, con el que, sin embargo, no estuve emparentado.

Si don Alonso actuó, un año más tarde, en el tribunal de mi tesis leída en la Universidad Autónoma de Madrid del que también formaban parte Rafael Lapesa y Fernando Lázaro Carreter, dos décadas después me tocaba a mí, inmerecidamente, investirlo doctor *honoris causa* de una Universidad que dejó profunda huella en el Zamora Vicente joven profesor, y desde entonces para siempre. Hay un librito suyo (A. Zamora Vicente: 1993) que recoge aquella etapa de su vida y se titula, precisamente, *Compostela, años atrás*. Cuenta allí, de forma velada, una situación real de la que fue estupefacto deuteragonista y que conmigo adornó con pelos y señales.

Un día recibió del bedel adscrito al Rectorado la requisitoria del rector para que se entrevistase con él al terminar sus clases matutinas. Intrigado por cuál pudiera ser el motivo de aquella cita, acudió, sin embargo, con toda franqueza a la hora indicada. Se le hizo guardar demorada antesala ante el despacho rectoral. Cuando el mismo bedel le indicó con toda prosopopeya que podía entrar ya, don Alonso vio a contraluz la frágil figura, en pie tras su escritorio, de quien por aquel entonces ocupaba el honroso puesto que Alfonso X el Sabio define en la *Partida segunda* como el de “mayoral e regidor del

estudio”. El flamante catedrático apreció un rictus entre adusto y atormentado en el rostro de su interlocutor. Un leve gesto le autorizó a sentarse en una especie de jamuga –que todavía existe- frente al Rector, quien tardó todavía unos interminables segundos en arrancarse. “Te harás cargo, Alonso, de que mi posición va acompañada de responsabilidades y sinsabores constantes, entre los cuales cuento la tesitura de tener que convocarte para un asunto que me resulta profundamente desagradable”. El filólogo comprendió entonces que algo grave había ocurrido, sin que fuese capaz ni siquiera de imaginarse qué había sido y cuál era su implicación en ello. “Alonso, me dicen de buena tinta que algunas tardes se te ha visto en una tasca de la Rúa del Franco bebiendo cuncas de vino tinto acompañadas de queso del país. Alonso, Alonso... un catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela no debe entrar en ciertos sitios”.

“No te puedes imaginar mi reacción inmediata –me diría medio siglo después-. Me embargó una inmensa ternura hacia aquel pobre hombre que probablemente durante meses había vivido atormentado por cómo afrontar un problema tan grave como el que yo estaba provocando y, sobre todo, por cómo encontrar un protocolo digno, lo menos oneroso posible, para abordarlo conmigo”. Y don Alonso, que era tan cordial como socarrón, añadió la puntilla: “Así que no vengas tú ahora, querido Darío, a darme la vara con tus cuitas rectorales, que yo me las sé todas...”.

Incluso desde Buenos Aires, adonde se trasladaría en 1948 para suceder a Amado Alonso al frente del Instituto de Filología de su Universidad, Zamora Vicente recordará con nostalgia una ciudad que define así en el párrafo final del prólogo, fechado en 1945, a su edición del *Poema de Fernán González*: “También Santiago de Compostela es como un poema de clerecía: terquedad gris del cielo sobre la transparente bienaventuranza de sus campanas constantes, monorrítmicas”. Y en estas sus palabras están ecoando, amén de tañidos, párrafos de *La lámpara maravillosa* valleinclaniana, como aquel en donde se dice que en Compostela “la cadena de los siglos tuvo siempre en sus ecos la misma resonancia. Allí las horas son una misma hora eternamente repetida bajo el cielo lluvioso”. Hay una carta suya a Francisco Fernández del Riego que de modo muy especial me emociona recordar hoy para concluir su semblanza: “En el silencio de mi biblioteca, resuena dulcemente la calle enlosada, la lluvia terca, la queja de los mendigos. Santiago es un milagro vivo que no nos merecemos los españoles. Si yo fuera rico, me compraría uno de aquellos palacios, lo arreglaría por dentro para vivir y haría de su Universidad una de las mejores de Europa. Como no hay nada de eso, me conformo con soñarlo” (Alonso Montero, 2007: 155).